

INFRAESTRUCTURAS MILITARES DEL PODER

Sesión 4. Despliegue militar del hegemon

Seminario PPELA 2017-1: Geopolítica de las dominaciones y las emancipaciones: el capitalismo del siglo XXI

¿En la estrategia de dominación de espectro completo cómo se distingue entre los objetivos y los mecanismos? ¿Puede el mecanismo, en cierto momento, convertirse en objetivo? ¿Cuál es la eficacia de este enfoque estratégico? ¿Por qué se privilegia en algunos casos la estrategia militar y en otros no?

Se habían ampliado las calles de París con el fin de permitir que circularan las ideas, y sobre todo que desfilaran los regimientos. Esta malignidad equivale a decir que [...] París ha sido estratégicamente embellecido [...] No vacilaré en proclamar el embellecimiento estratégico como el más bello de los embellecimientos.

*El nuevo París juzgado por un flâneur (citado en Walter Benajmin, *El libro de los pasajes*)*

1. Los ejércitos, el espacio y las ideas

Cuando se afirma que el poder del capitalismo del siglo XXI ya no es representativo ni personal, sino arquitectural e impersonal (Comité invisible, *A nuestros amigos*), hay que considerar la tendencial abstracción del sistema, que encuentra en las infraestructuras un lugar central de realización. La disputa más grande por el poder se da por los controles de la tecnología –su materialización y su conocimiento asociado– antes que por los gobiernos. Éstos pasan a ser medios de una disputa, no son los fines de la misma (tal vez nunca lo fueron). Incluso el gobierno estadounidense cede paso al poder de las tecnologías y de las corporaciones que las desarrollan, dependiendo de ellas para poder expandirse a lo largo del mundo. Compartiendo las conquistas y dependiendo de los esfuerzos de agentes privados para seguir avanzando en el control del mundo.

En este proceso hay que considerar que las bases militares son las infraestructuras por excelencia. En ellas se concentran saberes de distinta naturaleza enfocados en un fin principal: expandir la guerra como razón del mundo. En ellas conviven agentes privados con agentes gubernamentales, comparten conocimientos y resultados para disputar los territorios, controlar poblaciones y definir los rumbos de la competencia económica.

En un planeta colmado de bases militares estadounidenses aparece, por primera vez en la historia, una relación peculiar sobre los territorios. Los viejos asentamientos militares de las grandes potencias nunca estuvieron fuera de lo que se consideraba nominalmente su territorio; ya sea porque eran parte del territorio imperial o porque eran territorios coloniales o, eufemísticamente, protectorados, pero siempre estaban bajo jurisdicción de los poderes metropolitanos. Hoy ya no es así, las bases estadounidenses están en territorios “soberanos”, pero funcionan bajo la legalidad estadounidense, que a miles de kilómetros de distancia regula y juzga lo que al interior de las bases sucede. Una territorialidad que impone *el bando* como forma del poder soberano, en territorios donde, al menos formalmente, no se podría.

Esto no sería posible sin el amplio concentrado de saberes y tecnologías que hay en ellas. Desde las bases militares se instrumentan ejercicios versátiles para articular las distintas prácticas de control y dominio, por medio de la combinación de saberes de distinta naturaleza. Son los terrenos desde los que se diseña la guerra interminable, el fin no es ganar o perder, sino establecer un escenario de guerra permanente, de desorden regulado. Este es el escenario de enormes ganancias y de éxitos, algunos de ellos sólo podrán medirse en el largo plazo.

El archipiélago de bases militares estadounidense redefine la geografía del poder. Las miles de instalaciones repartidas a lo largo y ancho del mundo dan la posibilidad de focos de guerra simultáneos, de un aparente caos y descontrol global. No funcionan como máquinas automáticas, ni como piezas de una conspiración. Son nodos de una red de poder, que están dispuestos estratégicamente para atacar, disuadir o eliminar en el momento adecuado, ahí donde las poblaciones y geografías lo demanden. Son nodos en los que se verifica la eficiencia de los saberes combinados para la dominación, articulaciones de instrumentos y conocimientos especializados listos para ser usados para el control de poblaciones.

2. *Qué es una base militar*

Las bases militares no son simples emplazamientos en los que se concentran los miembros de alguna fuerza, son más que eso. Podríamos pensarlas desde la perspectiva foucaultiana como un dispositivo, es decir, como un espacio heterogéneo en el que se articulan discursos, instituciones, espacios, formas valorativas. Los dispositivos organizan lo decible y no decible, lo visible y lo no visible; cumplen funciones estratégicas, ya que a través de ellos se operan las relaciones de poder, controlando su uso y evitando desequilibrios en su accionar. Los dispositivos son, por excelencia, las redes en las que se tejen los vínculos de saber-poder; en ellos se juegan las relaciones entre los sujetos y su historicidad. Por ello, una de sus operaciones centrales es separar y reunir; fragmentar y establecer un orden artificial donde antes había un orden concreto. El dispositivo captura y modela, intercepta

y orienta; trata de determinar las contingencias de la vida cotidiana. Sus espacios de realización son desde los gestos hasta los discursos, pasando por las conductas y las opiniones.

Como bien señala Agamben, en sus notas sobre el dispositivo (*¿Qué es un dispositivo?*), “no será para nada erróneo definir la fase extrema del desarrollo del capitalismo en la cual vivimos como una gigantesca acumulación y proliferación de dispositivos”, que van desde los *divices* o dispositivos electrónicos táctiles hasta las bases militares. El extremo de esta relación es la producción de subjetividades sin sujeto, de vidas de simulacro en las que la sujetividad, como fuerza dadora de forma a la contingencia histórica, se subordinan a la experiencia enlatada, a la vida artificial del consumo.

Pero regresemos a las bases militares. Éstas, en el caso de la configuración de la geografía del poder, cumplen un papel articulador del territorio archipiélago del siglo XXI. Desde ellas se establecen los regímenes que ordenan las prácticas que se realizan en los espacios adyacentes a las instalaciones militares. Son uno de *los espacios interiores del capital*, que junto con las salas de juntas de los grandes corporativos, definen los rumbos de la vida en el planeta. Operan bajo una doble lógica, la de la amenaza bélica y la de la invasión de usos y costumbres.

Acá un punto importante en la construcción del espacio de seguridad que se construye en torno a las bases, porque éste se difumina en círculos concéntricos en función de las capacidades de los instrumentos de guerra. Desde un pequeño emplazamiento se puede controlar, mediante sofisticados equipamientos, amplias zonas. Por eso es muy importante no perder de vista la relación instrumental (técnica) de todo dispositivo, en este caso las bases militares.

Además del control mediante las herramientas de la guerra, las bases militares también funcionan como nodos de difusión de comportamientos y prácticas. Los soldados que en ellas viven, como extranjeros permanentes (incluso si son naturales de las tierras en las que están las bases), organizan a la población mediante la promoción de prácticas exógenas y exóticas.

Su interacción con las poblaciones locales es tan destructiva como la de los turistas. Reorganizan las prácticas cotidianas, transforman los sentidos, alteran los tiempos y los ritmos. Vestidos de civiles no dejan de ser una amenaza. Sólo que ya no son las balas, sino sus quehaceres los que ponen en peligro el entorno.

Sin bases militares alrededor del mundo la dominación de espectro completo sólo sería un sueño; desde ellas se impulsan muchas de las actividades combinadas que intentan controlar el conjunto de las prácticas de la vida. No son suficientes, pero son indispensables para pensar las lógicas de la dominación del siglo XXI.